



AVISO PASTORAL

QUE

EL EXCMO. É ILLMO. SR.

OBISPO DE PAMPLONA

DIRIGE

AL CLERO Y PUEBLO DE SU DIÓCESIS,

CON MOTIVO

DE LA PROPAGANDA ANTI-CATÓLICA

DE NUESTROS DIAS.



PAMPLONA:

Imprenta de Francisco Erasun y Rada.

1865.

6423

NOS EL D.^R D. PEDRO CIRILO URIZ

Y LABAYRU, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE PAMPLONA, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, DEL CONSEJO DE S. M. ETC.

Al venerable Dean y Cabildo, al Clero y fieles de nuestro Obispado, salud, paz y bendicion en nuestro Señor Jesucristo.

Apenas convaleciente de la enfermedad con que desde mediados del próximo pasado setiembre se ha dignado el Señor visitarnos, y de la que merced á su inagotable indulgencia con los pecados del Pastor y del rebaño, nos hallamos ya completamente restablecido, sentimos hoy mas que nunca un poderoso estímulo, un ardiente deseo de daros el ósculo de paz, de deciros con toda la efusion de nuestra alma: *Pax vobis*. Sea la paz con vosotros.

La paz de Dios, la paz católica, es la que os damos; y os la damos hoy por comision especial del Vicario de Jesucristo, Pastor supremo de la Iglesia universal. Precisamente en los momentos en que el rigor de la enfermedad nos obligaba á recogernos en la cama, llegó á nuestras manos una carta de Su Santidad, fechada en Castel Gandolfo á 29 de agosto, la cual, movidos del consiguiente amor y respeto, hicimos abrir y que nos fuese leida en ocasion que no podíamos fijar la atención en negocio alguno. La fijamos no obstante en el contenido de esta carta, que nos llenó de consuelo, y nos hizo olvidar en aquel punto nuestras dolencias. En ella despues de tributarnos un elogio personal, que nos abstenemos de reproducir, no teniendo como no tiene otro móvil que la paternal bondad

del Soberano Pontífice, agradeciéndonos con creces nuestra constante adhesión á su sagrada Persona, adhesión nuestra y de nuestros amados diocesanos, tanto mas firme cuanto mas arrecia la tempestad desencadenada contra la Silla de Pedro, nos declara cuanto se ha alegrado su ánimo con la general satisfaccion y aceptación espontánea con que fueron aquí recibidos los documentos de la Encíclica y Syllabus emanados en 8 del último diciembre de la Sede apostólica; de cuyas manifestaciones han sido elocuentes muestras las protestas ordenadas por arciprestazgos y cubiertas de multitud de firmas, que como otros tantos testigos vivientes elevamos á los piés del trono Pontificio. *Tibi vero et populo tuo vehementer gratulamur, quod sinceræ huic pietati et religioni respondeant benedictionis fructus, dum præterito mense maio universis obtulisti indulgentiarum thesauros á Nobis reseratos.* «Recibe tú por tanto con tu pueblo nuestro parabien porque hayan correspondido á esa piedad y religión sinceras los frutos de bendición, cuando á todos ofreciste durante el mes de mayo próximo pasado los tesoros de las Indulgencias por Nos franqueados.» Estas son las palabras de paz y de bendición que gozosísimo os transmitimos; porque nunca como estos dias os creemos necesitados de paz. Solo de los lábios del comun Padre de los fieles, el Papa, podeis recibir la paz de Dios, solo por vuestros Pastores y Prelados puede comunicárseos; paz que el mundo no dá, antes pugna por arrancárosla á toda costa.

Con el mas profundo dolor de nuestro corazon tenemos que deplorar hoy en medio de nuestra amada diócesis esa pugna que el génio del mal ha inaugurado para arrancarnos la paz de vuestras almas. Brillaba el nombre de Navarra con todo el resplandor de su limpia historia, y con las glorias de un pais de héroes cristianos discípulos de los Apóstoles; puesto que si los bárbaros del norte dieron con un Dídimo y un Veriniano que les obligaron á retroceder y derramarse por las Galias, la existencia del obispo Liliolo el siglo VI en esta misma Sede que, aunque

indigno, ocupamos, responde de la ortodoxia de nuestra inquebrantable fé; de manera que mientras España ardia en el fuego del arrianismo, Navarra mantenía su catolicismo ileso, y la restauracion del catolicismo hecha en los otros reinos por Recaredo, nada tuvo que hacer en el de Navarra. Leire, ese insigne monasterio, base de nuestra nacionalidad y paladion de nuestros mas esclarecidos timbres, próximo ya á desaparecer á los embates de *la civilizacion moderna*, proclama la integridad de nuestra fé y de nuestra honra en la época de la dominacion sarracena; y los picos de Sorauren y las breñas de nuestro *carrascal*, mejor que los monumentos de manos de hombres, pregonarán á todos los siglos como saludaron nuestros padres á los aguerridos batallones que á la voz del *Capitan del siglo* pasearon triunfantes por toda Europa, en las puntas de sus bayonetas, los principios masónicos de 1789 rubricados con la sangre de millones de franceses degollados para aplacar las iras del Moloch revolucionario. En nuestro obispado jamás se ha contaminado con el virus de la herejía la doctrina del Salvador del mundo, que en el primer siglo predicó á nuestros mayores el insigne San Saturnino: en la diócesis de San Ignacio y San Francisco Xavier nunca se ha proscrito ni condenado la religion de Aquel que fué crucificado en el Gólgota: en su suelo no se cuentan mártires, porque en ningun tiempo ha habido tiranos ni perseguidores. Navarra siempre ha sido católica, y con decir que ha sido siempre católica no tenemos porque esforzarnos en demostrar qué clase de virtudes han compuesto los florones de su hermosa y codiciada diadema. Navarra es y será siempre católica; confiámoslo así en la bondad de Dios: y por rigurosa consecuencia ni es ni puede ser revolucionaria.

Tenemos interés muy grande, sí, en hacer este oportuno recuerdo, porque precisamente en la casi ausencia á que durante el mes de setiembre y parte del corriente octubre nos han obligado primero los ejercicios espirituales, y despues la enfermedad, han ocurrido aquí sucesos

graves que es nuestro deber tomar en consideracion por lo que afectan á la religion católica, que es la única civilizacion posible en este mundo, y á la paz de vuestras almas de las que somos por la misericordia de Dios amoroso padre, y de ellas debemos rendir á Dios estrecha cuenta. Como en profecía les decia el apóstol San Pablo en Miletto á los obispos de Efeso con él congregados, Nos decimos hoy á nuestros amados fieles: «Yo sé que despues de mi partida entraron á vosotros lobos arrebatadores que no perdonaron á la grey; y de entre vosotros mismos se levantaron hombres que dicen cosas perversas para llevar discípulos tras sí.» *Ego scio quoniam intrabunt post discessionem meam lupi rapaces in vos, non parcentes gregi; et ex vobis ipsis exurgent viri loquentes perversa, ut abducant discipulos post se* (Act. XX, 29 y 30). No imagineis que tememos nada por Nos mirando á nuestra pobre persona, constituida en el último período de la vida, y deseosa de *disolverse y ser con Cristo*, aunque sí temblamos por la honra de nuestra dignidad, cuyo peso es tan superior á nuestras débiles fuerzas; porque al sentir no muy lejanos los primeros bramidos del huracan, y ante la oscuridad que vá encapotando nuestros horizontes, precursores todos de la horrible tempestad que tanto empeño hay en desencadenar sobre nuestra querida pátria, nos humillamos en la presencia divina, y colocados entre Dios y su pueblo, si dado nos fuera constituirnos víctima de expiacion por los pecados de todos, y para obtener el beneficio de que ni uno solo de nuestros amados diocesanos se condenase ¿qué más quisiéramos? ¿qué mejor corona pudiéramos ceñir á nuestras fatigadas sienes, ni qué mejor recompensa recibir por los trabajos de nuestro laborioso apostolado?

Como si no fueran bastantes los pecados que la humana fragilidad ocasiona, y por los que tenemos que temer á cada paso los azotes que descarga la justicia de Dios en esta vida y en la otra; ahí se deslizan entre vosotros fingiéndose redentores, pero enemigos de vuestra paz, afanosos por haceros el pedestal de sus desapoderadas

ambiciones, esos hombres de quienes ya en setiembre de 1862, al transcribiros dos cartas que habíamos recibido de Su Santidad, os advertíamos con el Apóstol que os guardáseis de sus asechanzas y no escucháseis sus perversas doctrinas, porque eran los tales precisamente aquellos mismos vaticinados *hombres funestos, amadores de sí mismos...y que con apariencias de religion niegan la virtud de ella*. Visteislos aquí alzar su cátedra de pestilencia contra la cátedra del Evangelio y de la verdadera civilizacion: les habeis oido desfigurar la historia, y desnaturalizar nuestras antiguas venerandas leyes y sacrosantos fueros, y habeis sufrido el escarnio de que se les califique de democráticos y revolucionarios; nuestros fueros, parto purísimo de la civilizacion católica, saturados de respeto y veneracion al principio de autoridad que la revolucion pisotea, y de amor á Dios y al soberano pátrio de que la revolucion reniega. ¡Qué maldad! Y para que no faltasen las *apariencias de religion* á los que *niegan la virtud de ella* ¡con qué falaz y teatral entusiasmo os han citado á Jesucristo, profiriendo la horrible blasfemia de apellidarle el *primer demócrata!*.....

¡Pasmáos, cielos! *¡Obstupescite cæli super hoc, et portæ ejus desolamini vehementer!* Así se insinuaban en vuestros oidos los apóstoles del error mezclando á sus prevaricaciones la invocacion del santísimo nombre de Jesus, en quien no creen, porque saben bien ellos que vosotros sois católicos, sinceramente católicos, como lo fueron desde el señor de Abárzuza todos vuestros reyes, como lo han sido desde San Fermín todos vuestros obispos; y no era prudente descubriros á las primeras lecciones todo el horror de las utopias revolucionarias. Esperan familiarizaros con su lenguaje, y que vuestro corazon irá franqueándose poco á poco á sus seducciones. Para esto han dejado aquí sus malhadados continuadores; y á manera de heraldos aparecen por de pronto entre la turbulencia de las juntas, dos maestros, dos *textos vivos del error*, uno del Instituto, otro de la Escuela Normal. Este último ha tenido la infeliz ocurrencia de levantarse y de-

• cir « que las palabras de su compañero, el del Instituto, de-
• mostraban desgraciadamente que mientras los partida-
• rios de la reaccion unian sus recursos y aprestaban sus
• fuerzas para destruir las conquistas de la revolucion, los
• liberales se dividian en fracciones y partidos antes de
• haber conseguido el logro de sus aspiraciones; dijo tam-
• bien que en su sentir no se habia llegado todavía á las
• cuestiones de forma y de conducta, que no se olvidase
• que no estábamos en la libre Bélgica ni en la civilizada
• Inglaterra sino en este país, donde aun *se alarmaban las*
• *conciencias por un sencillo acto diplomático y donde*
• *corrian á firmar exposiciones las timoratas falanges*
• *de la ignorancia*. Concluyó aconsejando la union entre
• todos los elementos liberales del país, si no se queria
• ver destruido cuanto se ha regado con lágrimas de san-
• gre desde la isla Gaditana hasta los libres escaños de
• las Córtes constituyentes, donde tantas y tan trascen-
• dentales licencias se permitieron contra la religion y
• los sanos principios de gobierno y administracion de los
• estados. Lo que esos hombres, y cuantos se les parezcan
• han de enseñar en las aulas, demasiado se comprende,
• pues no les suponemos inconsecuentes consigo mismos.
• *No cabe en la razon*, repetiamos en 12 del último di-
• ciembre, *concebir que los que en voz alta proclaman y*
• *pregonan ciertas doctrinas, puedan con provecho co-*
• *mun ni con honra propia, enseñar en lugar alguno*
• *otras muy diversas ó hasta contrarias*. A los padres de
• familia lo dirán un dia sus hijos. Entretanto, el periódico
• seguirá inculcándoos que el destronamiento y la persecu-
• cion del Vicario de Jesucristo es *un sencillo acto diplo-*
• *mático*, y que perteneciais á las *timoratas falanges de la*
• *ignorancia* cuando, á imitacion de los Obispos, vuestros
• pastores y padres, corristeis á firmar exposiciones á S. M.
• para que no reconociese el sacrilegio cometido en la usur-
• pacion de los Estados pontificios. Os enseñarán á mofaros
• del Papa refiriéndoos anécdotas tan absurdas como ridí-
• culas, á menospreciar á los Obispos y á los sacerdotes, á
• escarnecer las instituciones del catolicismo como la Sa-

grada Congregacion del Indice, los seminarios conciliares y los Institutos religiosos, á suspirar por la libertad de cultos y de conciencia, á gozaros en las penas y aflicciones de la Iglesia, á sospechar de la recta intencion del Prelado cuando amonesta que se cierren los oidos á los maestros que el infierno envia, y por fin y gritando hasta enronquecerse *viva la libertad*, pretenderán aunque impotentes, arrebatársela á los predicadores evangélicos, y pedir el socorro de la policia contra ellos cuando les oyen pulverizar las absurdas teorías del racionalismo y demás errores del repertorio revolucionario, como si esos ahullidos de la impiedad no fueran á todas luces la mejor recomendacion del sacerdote católico. ¡Santo Dios! ¡Atacar así insidiosamente á la Cabeza visible de la Iglesia, á sus sagradas instituciones, á su gerarquía y á sus augustos ministerios! ¿qué ceguera ha invadido á ese escritor desgraciado, que así se juzga por sus propias obras?

Los pueblos miserables de Bélgica é Inglaterra se os han citado por modelo. Compadecemos á los mantenedores de semejante idea, y les atribuimos en caridad la cualidad de ignorar lo que se dicen. Cabalmente todos los dias nos vienen noticias de los efectos de la terrible plaga del pauperismo que es la gangrena y una de tantas plagas de los estados citados: en Inglaterra, sabedlo amados diocesanos nuestros, se están muriendo con frecuencia familias enteras materialmente de hambre. El clero católico es la única providencia humanitaria con que cuentan aquellos séres desventurados, á quienes no alcanza la *filantropía* de los *torys* ni de los *wighs*. Reconocemos grandes adelantos científicos é industriales en esos paises donde tantas raíces conserva todavía el viejo protestantismo; pero tambien comprendemos que seria su civilizacion completa, que hoy no lo es, si el catolicismo dominára allí con exclusion de toda secta. Por algo seria que el mismo Palmerston, hoy ya juzgado en el tribunal supremo, cogiéndose un dia la mano derecha con la izquierda decia á un progresista español: «Esta mano con gusto me

»cortaria yo porque tuviéramos aquí la unidad religiosa que tiene España.»

No tiene límites nuestro desconsuelo al contemplar que en medio de un pueblo de la noble índole del navarro, se están publicando tales despropósitos, y se brinda á este pueblo nada ménos que con la libertad de conciencia, como *fórmula de religion* que el escepticismo de nuestros aprendices de reformadores pretende sustituir al catolicismo, y que en su sistema de negaciones significa lisa y llanamente el ateismo mas ó ménos solapado ó hipócrita. Dos cosas observamos aquí con sentimiento: una, que en fuerza del mal ejemplo de los profesores adictos á la sofistería titulada por ellos *libertad científica*, y del que dió en pleno congreso aquel alto funcionario que sentó el absurdo de resolver la cuestion de la enseñanza por la libertad, nacen ahora retoños de aquella mala raiz proponiendo resolverlo todo con un *viva á la libertad*. La cuestion de imprenta ha de resolverse por la libertad: la de enseñanza por la libertad: la comercial por la libertad: las políticas por la libertad; y para que la desorganizacion sea completa, la religion Santa toma por fin en boca de un ex-ministro de la Corona, que os dirigió la palabra, la forma de mera *cuestion*, pues la apellida *cuestion religiosa*; y arrogándose el título, que bien le deseamos, de *católico*, se atreve á ofrecer tambien para ella *soluciones libérrimas*, no sin envolver harto transparentemente al clero entre los pliegues de una alusion, encubierta, pero inicua é indigna de un hombre honrado. ¿En qué tierra vivimos? ¿estamos por ventura rodeados de ilotas como Esparta, ó de esclavos como la antigua Roma, una y otra modelo de paises libres? Si pues *la libertad* del revolucionario (nó la racional, nó la católica) ha de ser la solucion universal para todas las cuestiones, la última palabra para todas las ciencias, la panacea suprema para todos los males, bien pronto la civilizacion del habitante del Congo ó de la Cimbebasia nada ofrecerá de nuevo á nuestra emulacion desventurada. Resuelta por la libertad eso que llama el revolucionario *cuestion*

religiosa, ó en otros términos, mortificada con sus licencias la religion católica, siendo libres para creer lo que mejor nos acomode, con negar la existencia de Dios quedamos *libremente* entregados á los tormentos de un alma de la que Dios se aleja. Resuelta por la libertad la *cuestion de la familia*, es decir, introducido el libertinaje en el hogar doméstico, queda abolido el matrimonio como lazo opresor y degradante para *la dignidad*, ó sea, el orgullo del hombre; la mujer sale emancipada, es decir, *libre* presa del vicio y de la corrupcion, *libremente* abandonada á la prostitucion y á la miseria: los hijos nacerán como los hongos, y se criarán *libremente* como los de las fieras en las selvas, quedando así eliminada por un rasgo de *política libre* toda relacion entre padres é hijos, cual pesada carga para los primeros y depresiva humillacion para los segundos. *La libertad* se encargará por último de resolver *las cuestiones sociales*, esto es, de maltratar la sociedad, haciendo desaparecer las ideas de *tuyo y mio*: los sudores del que trabaje se transferirán *libremente* bajo la punta del puñal al holgazan audaz; el robo será un arte noble, que *la libertad* sustituirá á la ganancia lícita: demás estarán en esa nueva Icaria los tribunales de justicia, porque entonces se habrá borrado el crimen de la faz de la tierra. El asesinato será un acto muy generoso, porque *libremente* se deshará el mas fuerte ó astuto de quien quiera que le cause estorbo. La sociedad será entonces feliz: se habrá realizado en todas sus partes el bello *Ideal de la humanidad para la vida* ajustado por el otro catedrático de la Universidad central; y parecida á una hermosa fragata, sin piloto ni tripulacion, que se hace á la mar desplegadas las velas para ir á dar *libremente* contra el primer escollo ó bajio que encuentre al paso, así verémos correr la sociedad despeñada á su perdicion por los precipicios del desenfreno que en todos los terrenos se le abren.

¡Cuán cierto es que nunca se habla mas de libertad que cuando se sueña en la tiranía, ni de igualdad que cuando se trata de dominar, ni de fraternidad que cuando se

piensa en el fratricidio! La Iglesia católica no suele vociferar estas cosas, pero las pone en práctica del único modo racional posible mas conforme con los verdaderos intereses de la humanidad.

El Catolicismo ha santificado la autoridad lo mismo que la obediencia, y ha condenado para siempre la tiranía igualmente que las revoluciones. Hé aquí como la Iglesia pone en práctica la libertad del ciudadano.—El Catolicismo dió fin á la guerra de las castas; para él no hay blancos ni negros, altos ni bajos, nobles ni plebeyos, porque «no hay distincion de Judío y de Griego, dice el «Sagrado Código: puesto que uno mismo es el Señor de «todos, rico para con todos los que le invocan.» Sobre estas bases plantea la Iglesia la concertada armonía de todos los grupos sociales, y esta es la igualdad digna y apetecible para el hombre.—El Catolicismo anatematiza el espíritu de egoismo y aislamiento; todo conspira en él á engendrar la abnegacion de sí mismo y el espíritu del propio sacrificio; abomina el orgullo humano: quiere el amor, manda el amor, él mismo es amor, porque Dios es amor: *Deus charitas est*, y cuando la Iglesia impera, no tarda el imperio de la fraternidad en cimentarse hondamente por medio de asociaciones fecundas de caridad, donde no hay dolor que no se mitigue, ni lágrima que no se enjuge.

La otra observacion que aquí nos cumple hacer es que bien sea zahiriendo á los Obispos, á sus seminarios, á los predicadores, ó dejando entrever simplemente el satánico deseo de ver divorciada del Estado y por fin arruinada la Iglesia de Jesucristo, y rodearnos del triste cortejo de las virtudes civiles, que con razon duda San Agustin si son verdaderos vicios; el caso es hablar de la Religion, el caso es maltratarla, el caso es fingirse meramente políticos para introducir el negro humo de la impiedad en lo mas recóndito del santuario. A este propósito recordamos que ha dicho Montesquieu á pesar de su enciclopedismo:

«El hombre religioso y el ateo están hablando siempre «de religion: el uno habla de lo que ama, y el otro de «lo que teme.»

Al sentarnos, porque plugo así á la divina misericordia y á la benignidad de S. M. la Reina Nuestra Señora, en esta Silla que habian ocupado mas de cien Obispos, los cuales en las vicisitudes de diez y siete siglos han sido, nos gloriamos de decirlo, la columna de nube y de luz de este pueblo escogido, amada pátria nuestra, que le han conducido hácia la felicidad eterna, sin descuidar cuanto pudiera favorecer la temporal; Nos el menor de todos, creíamos que esa tradicion civilizadora jamás interrumpida y el escarmiento de los abominables frutos que la ruina del principio de autoridad ha producido en Inglaterra, en Francia, en las regiones de la América, y donde quiera que se le ha atropellado con la ferocidad de una libertad salvaje, hubieran sido diques muy suficientes para contener las avenidas del mal, que de los antros de las sociedades secretas se encamina á la destruccion de la sociedad; y esto mismo nos ha hecho exclamar gozoso en alguna ocasion solemne al quejarnos del desenfreno de la prensa: «No: gracias á Dios no se escribe ni imprime así en el nobilísimo suelo de Navarra.» Pero se ha desvanecido nuestro gozo al presenciar como envidiosa la revolucion de la prosperidad de nuestra pátria, que cada dia observamos va ganando en condiciones de moralidad, de riqueza y de bienestar, se ha propuesto introducir tambien aquí la division y el desórden, la miseria y la desolacion, que son sus consecuencias inevitables. Con este objeto ha establecido su plan de ataque á la Religion católica, á cuyo benéfico influjo medra y progresa la sociedad así en el órden espiritual como en el material, y ha sembrado la semilla de los ódios y disensiones creando partidos y soliviantando los ánimos con aspiraciones cuya realizacion no puede ménos de ser una desastrosa catástrofe; y con el sistema de debates acerca de lo que el vulgo no entiende ni le incumbe, ha abierto el cauce por donde puedan un dia dado correr las masas trabajadoras que viven honestamente del producto de su jornal, abandonado que sea el trabajo por el clamoreo de la plaza pública, á precipitarse sobre la sociedad en

busca de soñadas riquezas. Para esto se ha emprendido la obra con predicaciones escandalosas y subversivas por maestros propagandistas del error, primero en Pamplona, y estos días en Lórca, donde un agente de la secta ha procurado por tres veces reunir las gentes y ha declamado contra la Iglesia, el Papa, los dogmas del cristianismo, concluyendo con elogios y vivas á Garibaldi. Y como á los sectarios les conviene una escitacion perenne que mantenga sin cesar la agitacion comenzada, han fundado en esta capital un periódico titulado *El Progresista Navarro*, dos adjetivos de extraña concordancia, cuya mision consiste en difundir todas las mañanas su dosis de revolucion, francmasonismo y anti-catolicismo en las familias que tienen la desgracia de recibirle. Estamos enterado de cuanto contienen los números publicados desde el 1.º de este mes en que empezó su triste tarea; y, con afliccion lo decimos, impregnados todos ellos del virus revolucionario, apenas si hay uno en que no se lean doctrinas dignas de la mas grave censura, en una palabra, anti-católicas. Aunque no pasa ese diario de ser por lo comun un mero eco de los periódicos mas atrevidos que en Madrid se permiten, viene á resultar un órgano mas del francmasonismo. Tal vez sus redactores no conozcan el terreno que pisan, y sean víctimas de una fascinacion en que los agentes de la secta, sin ellos advertirlo, los han envuelto: quisiéramos que así fuese por su propio bien, y por honor del país á que pertenecen. Por esto nos limitamos hoy á amonestarles con todo el amor de nuestro corazon paternal, y considerándoles no mas que como hijos extraviados, que vuelvan en sí y cesen en esas invectivas, que hasta son de mal gusto, contra la religion de sus padres; que no insulten al Vicario de Jesucristo manifestando una alegría diabólica de verle rodeado de penas y atribulado con la persecucion de los poderosos de la tierra; que no escarnezan las instituciones católicas, como han hecho con la Sagrada Congregacion del Indice; que no se burlen de los prelados de la Iglesia, ni ridiculicen sus disposiciones, ni pretendan darles lecciones cuando de

ellos deben recibirlas ; no se metan con los predicadores cometiendo la locura de erigirse en censores de sus sermones, sobre los cuales ninguna autoridad les asiste , y entiendan no se la dá el anónimo aunque salga en letras de molde; y no dogmaticen en lo que no entienden, ni aunque así fuera, les está bien hacerlo. Con esto ninguna ventaja atraen para su país: no gana en ello ningun sistema de gobierno; no medra así la ciencia en ninguno de sus ramos, ni se favorece á la agricultura, ni al comercio, ni á la industria. Con la marcha emprendida no se hace mas que mal, y simplemente el mal. Nos, les exhortamos á que abandonen tan peligrosa senda, y se corrijan para en adelante: dejen en paz á la religion y á sus ministros: si así lo hicieren les tenderémos con toda la efusion del alma nuestros brazos para devolverles el aprecio y consideracion que nos merecen todos nuestros amados diocesanos; pero si no entra en sus miras el reportarse, y tratan de seguir adelante en el mal camino comenzado, sepan que procederémos contra ellos con todo el rigor que nuestro deber imperiosamente nos reclama; obrarémos sin contemplaciones segun cumple á nuestro ministerio, y no podrán jamás quejarse de sorpresa ni de falta de lenidad.

Esta advertencia hecha, nos dirijimos ahora á vosotros, amados sacerdotes nuestros, para alentaros en la grande obra que forma la ocupacion de nuestra vida, la santificacion de las almas. Santificáos vosotros, sed irreprehensibles, *para que, como escribe el Santo Apóstol á Tito, el que es contrario se confunda, y no tenga que decir mal ninguno de nosotros.* Vestíos la armadura de la luz que es vuestro traje propio, y adelantáos como buenos soldados de Cristo á pelear con denuedo las batallas del Señor. No os espanten el número ni la audácia de los enemigos. El triunfo es siempre seguro: ya sabeis que cuando la victoria temporal se retraiga, por que así convenga á los inescrutables designios de la Providencia, entonces queda para nosotros una corona de eterno é inmarcesible resplandor, que los mismos

enemigos, para su mayor confusion y derrota, se encargarán de ceñirnos: la corona del martirio. Mirad: la guerra á Dios y á su Cristo está ya formalmente declarada: ved la dilatada extension del campo social: innumerables grupos de formas dudosas que en él vivaqueaban, se van desvaneciendo, y concentrando en opuestos puntos dos grandes masas; una de ellas nutrida con el vigor de las grandes afirmaciones: la otra ardiendo en el furor de las radicales negaciones: el catolicismo y la revolucion: la civilizacion y la barbárie. Las posiciones se ofrecen de cada dia mas deslindadas y francas: en la *libre* Italia se están abriendo á toda prisa muchas escuelas protestantes, en Portugal han sido expulsadas *las Hijas de la Caridad*, en Bélgica son perseguidos los católicos, y son pospuestos á los francmasones de la manera mas vergonzosa y cruel; en Inglaterra, está la nacion Irlandesa reducida por razon de su catolicismo á la abyecta condicion de una tribu de párias. En España está la revolucion armada todavía del puñal y la tea con que asesinó á los sacerdotes y redujo á cenizas los mas bellos monumentos que el arte habia producido en nuestro suelo: la misma revolucion que en su amor á las luces destruyó los archivos y bibliotecas, entregando los preciosos códices y libros á que no alcanzaron las llamas al surtido de envoltorios en las tiendas de los abaceros; la que fundió, sin resultado digno de ser conocido, las alhajas sagradas, que eran el honor y riqueza de los pueblos siempre ansiosos de que sus templos sean en toda verdad y esplendor la casa del Dios vivo; la que vendió los bellos lienzos de Murillo, de Ribera y de Velazquez, que los frailes con tanto esmero conservaban, y los malbarató para adornar los salones de los lores de Inglaterra, y las habitaciones de los comerciantes ricos de los Estados Unidos; la que en fin ha sacado al público mercado los bienes de la Iglesia, no para aliviar la miseria del pueblo, sino para servir al masonismo aniquilando la Iglesia y favoreciendo el sibaritismo de media docena de codiciosos, que con las ficticias necesidades de que han sa-

bido rodearse, y á pretexto de haber cesado el pago de los diezmos que se daban á la Iglesia, han recargado los tributos de los colonos, han dado lugar al desarrollo de la usura, y los menesterosos han tenido que aumentar muchas veces la estadística criminal por haberseles cegado tan de raíz las fuentes de la caridad cristiana. Es la revolución misma que hoy colma de elogios á un clérigo infeliz que ha tenido la inmensa desgracia de prestar su firma al pié de una carta herética, y cubre de diatribas é infamantes dicitos las sagradas personas del Papa, de los Obispos y demás ministros del Señor: ella, la que ha contestado con el desprecio y aun con amenazas de persecución á las reverentes exposiciones de los Prelados españoles contra la difusión de malos libros como *Los Miserables* del mazziniano Victor Hugo, y contra la introducción de maestros corrompidos y corruptores y libros de texto de nociva doctrina, rompiendo para ello con pactos solemnes, por los que se atribuye muy principalmente á los Obispos la vigilancia y el ejercicio de su autoridad sobre tan delicadas materias: la que después de haber humillado á la Iglesia hasta hacer depender del tesoro público su precaria subsistencia, llora en su insaciable codicia con lágrimas de cocodrilo por esa indemnización á que se la obliga, y por la que ha igualado un capitular á un portero de ministerio, y un coadjutor de parroquia á un barrendero.

«Hoy día, nos refería pocos meses há un periódico *»eminentemente liberal* de la corte, es lo cierto que toda nuestra juventud estudia á Hegel, á Victor Hugo y á Renan, mucho más que á los autores aprobados para la enseñanza universitaria, lo que no aprobamos por cierto, y que nuestras hijas en todo piensan menos en los «cláustros». ¡Dignas pinceladas por cierto, con que la *civilización moderna* se retrata á sí misma! Civilización enemiga de Dios y de su santa Iglesia, la civilización de los teatros y de la bolsa, de los cafés y los casinos, de los pecados públicos de la imprenta y de la depravación en la enseñanza. Contra esa infame y degradante civiliza-

cion, que nos lleva derechamente á la cultura de los Papúes y los Hotentotes, clamamos hace ya tiempo; y contra sus viles asechanzas os queremos ver armados de la espada de la divina palabra que enseñe sin cesar al pueblo la verdad que la revolucion le oscurece, y del escudo de la fé con que resistais á los enemigos, abrasándolos con los ardores de vuestra caridad, purificándolos de las escorias con que vienen cubiertos, y restituyéndolos á la vida de buenos cristianos, para que siendo ellos felices en el tiempo y la eternidad, se abstengan de labrar la infelicidad de los demás. Para esto fijad vuestra atencion en la Alocucion que Su Santidad acaba de proferir renovando los anatemas de la Silla Apostólica contra la secta del francmasonismo, y de que se os ha dado ya conocimiento por medio de nuestro Boletin; porque en ella se declara cual es la fuente de la corrupcion de ideas y de costumbres, que á fuerza de gritar *civilizacion, progreso* y otras palabras, que no tienen sino muy mal sentido cuando se las separa del diccionario católico, ha sido inculcada en nuestras sociedades. Y reparad luego como del másonismo cual de comun origen se ha desprendido, segun nos descubre el Sumo Pontífice Leon XII en sus Letras Apostólicas de 13 de marzo de 1825, la secta titulada *Universitaria* que ha establecido su asiento y domicilio en muchas universidades, donde hay maestros que con el fin de pervertir mas bien que enseñar, inician á la juventud en sus misterios, que exactísimamente deben titularse misterios de iniquidad, y la educan para la perpetracion de toda clase de crímenes. Hé aquí las palabras de Leon XII: *Omnem Nostram operam convertimus ad detegendum quis esset clandestinarum sectarum status, quis numerus, quæ potentia. Hæc inquirentes facillè intelleximus crevisse illarum insolentiam præcipuè ob earum multitudinem novis sectis auctam. Ex quibus ea præsertim memoranda est quæ=UNIVERSITARIA=dicitur, quod sedem et domicilium in pluribus studiorum Universitatibus habeat, in quibus Juvenes á nonnullis Magistris, qui eos non*

docere, sed pervertere student, ejusdem mysteriis, quæ iniquitatis mysteria verissime appellari debent, initiantur, et ad omne scelus informantur.

Es indudable, venerables hermanos nuestros, que como en los primeros siglos está hoy cercada la Santa Iglesia de Dios de Himeneos y Alejandros, Phygelos y Hermógenes, de Gnósticos y Nicolaitas, que llenos de vanidad y soberbia, con el fin de ganarse discípulos y adquirir lo que hoy llaman aura popular, enseñan malas doctrinas. En España tienen su principal residencia dentro de la Universidad central. La facultad de filosofía, que es el paso para las facultades superiores, se enseña allí panteísticamente por los absurdos sistemas de Hegel y de Krausse, basados estrictamente en los erróneos y disolventes principios de la secta masónica: de donde se infiere que la filosofía que en la Universidad central se enseña hoy á los hijos de los católicos españoles es la filosofía masónica. No espere ya ningun padre católico que su hijo salga católico de la universidad. Por regla comun y á no mediar un milagro de la gracia, debe forzosamente salir hereje y revolucionario.—Estudiad bien esto, y no lo perdais de vista cuando os ocurra el caso de tener que instruir á los fieles en estas materias. Aconsejad á los padres de familia que den oficio á sus hijos, los dediquen al comercio, ó á cualquier ramo de la industria, antes que entregarlos á esos *textos vivos del error*, ni poner en sus manos los libros masónicos. Perseguid en vuestras parroquias esos libros dañosos, como tambien las novelas licenciosas, las estampas obscenas, y juntamente con esto los periódicos revolucionarios y anti-católicos, que son sinónimos, y que constituyen la peor peste que hoy aflige á la sociedad. Entended bien que el grande enemigo del público bienestar es la libertad periodística, y mas cuando se entromete en la religion y en la moral. Os citarémos á propósito de ella, lo que ya en 1815 decia el inmortal Consalvi, el gran cardenal de Pio VII:

«La imprenta libre es el arma mas terrible que se ha

• puesto en manos de los enemigos de la religion y de la
• monarquía. Es el despotismo del pensamiento ejercido
• por desconocidos; ó por gentes por desgracia sobrado
• conocidas. Es una potencia oculta puesta en juego á
• cada instante, que habla al mismo tiempo á todas las
• pasiones. Jamás pudo ocurrir al entendimiento huma-
• no un instrumento mas activo de perturbacion univer-
• sal. El anónimo se hace el regulador de la conciencia
• pública, y no hay mas remedio que inclinar la frente
• bajo la pluma ó el látigo de amos inominados, á quienes
• la víspera hubiéramos hecho una limosna.=Unos ven
• venir el peligro y le desafian sonriéndose: otros lo
• aceptan como un ensayo; y nadie quiere persuadirse que
• con esto se inocular á las sociedades una fiebre sin tér-
• mino ni reposo. Tómanse por una parte todas las medi-
• das exteriores para la seguridad de los estados; y por
• un contrasentido de incalculables consecuencias se en-
• trega anticipadamente á los pueblos á revoluciones sin
• fin, á errores que engendrarán crímenes inevitables, y
• á pasiones sin cesar renacientes que nada podrá aca-
• llar.=La lucha entre el bueno y el mal principio no se
• trabará nunca con armas iguales. El talento, el génio
• mismo, no podrán triunfar en esos combates cotidianos
• en los que plumas venales y empapadas de hiel tomarán
• á la gente de bien por su cuenta, desnaturalizarán los
• actos y los caracteres, y se presentarán impávidos todas
• las mañanas dándose los aires de defensores de los pue-
• blos y de la libertad. Están cayendo sobre Europa estos
• males, y no tardarán á desorganizarla de la base á la
• cima; pero á quien evidentemente dirigirán sus tiros
• mas terribles los diarios, una vez dueños del campo,
• será á la Silla de Pedro, como fundamento de toda ver-
• dad y estabilidad en la tierra. Nosotros entre tanto
• desarmamos la ciudadela, y rendimos la plaza al ene-
• migo. Un dia entrará él con armas y bagajes. »

No hay para que demostrar aquí si en su profunda penetracion equivocó su vaticinio el gran Consalvi. Sucedió lo que no podia menos de suceder al sembrar vien-

tos: la cosecha ha sido y sigue siendo de tempestades. Os deseamos muy apercibidos á vosotros, venerables hermanos nuestros, para que ocupeis vuestro lugar, y no mas que vuestro lugar propio ante el furor de los vendavales. La Iglesia vive su vida divina alentada con las persecuciones. Tres épocas muy caracterizadas van marcándose en los conflictos que el génio del mal le suscita: una ha sido de la espada: otra de la diplomacia: la tercera, la actual, que tampoco se desdeña de valerse de vez en cuando de los dos primeros géneros, es la de la palabra. Poderoso el hombre con ese precioso don del cielo, cuando olvida á Dios y no consulta sino á su *yo*, á la entidad de su orgullo, revuelve ese don contra su Autor y Dador, y contra todo lo que le pertenece. De un modo ú otro habia de singularizarse. Dejemos hablar un momento á Rousseau. «Lo esencial para un filósofo, dice, es pensar de diversa manera que los otros. Entre los creyentes es ateo, y entre los ateos seria creyente. ¿Dónde está el filósofo que por adquirir gloria no engaña de buena fé al género humano? ¿Dónde el que en su interior se proponga otro objeto que el de distinguirse?»

Y no perdamos tampoco de vista lo que añade en otro pasaje en que personificaba en sí mismo aquella exactísima teoría, con palabras que pluguiese á Dios ningun cristiano tuviese necesidad de repetir á la hora de la muerte: «Yo no puedo mirar ninguno de mis libros sin estremecerme. En lugar de instruir corrompo: en lugar de alimentar enveneno. El jóven que se atreve á leer una página, está perdido.» Pero esa persuasion interior que es la voz de la conciencia, imposible de sofocarse por encallecida que se la imagine, no obsta á que los descontentos, los que se titulan *desheredados* porque no nacen de progenie ilustre y en posicion bastante á librarles del trabajo, entren de lleno en la corriente de la época, y tomen en sus diferentes graduaciones su actitud de persecucion contra ese que Villemain apellida presente del cielo: la Iglesia de Jesucristo. Vémosles venir sin miedo, y puesto el pié en tierra y la mirada en el cielo les gri-

tamos: Adelante. *Hæc est hora vestra, et potestas tenebrarum.* Consúmese la persecucion de la palabra. En cuanto nuestras fuerzas alcancen, cortarémos el escándalo: harémos cuanto esté de nuestra parte para hacer frente á ese moderno género de persecucion que nos ha venido con la libertad de imprenta: cuando mas no podamos ni nos sea dable desplegar mayor accion, agotados que sean todos los recursos, levantarémos al cielo nuestros brazos suplicantes, pidiendo la gracia de la perseverancia para nuestros fieles, y de la conversion para nuestros enemigos: y probarémos pasivamente, lo que por sí mismo está á todas horas, y en todas las épocas en disposicion de ser puesto á prueba: el temple de la vida divina de la Iglesia.

•La palabra, esclama uno de los ínclitos hijos de Loyola, destroza todo lo que no es divino. Pero cuando este formidable instrumento de la fuerza intelectual está en manos de los poderosos, cuando los que tienen esta espada de la palabra son satélites de los emperadores, y sobre todo cuando ellos mismos son emperadores; cuando esas manos que disponen de tantos medios y mueven tantos resortes, disponen aun de esta arma poderosa de la palabra; cuando pueden á un mismo tiempo poner en juego todos esos ingenios y todos esos pasivos instrumentos del despotismo ilustrado á que se dá el nombre de literatura vendida; cuando contra la institucion, objeto de sus celos, pueden desencadenar en un momento, como una trailla de perros, todas las palabras venales y todas las elocuencias hambrientas; cuando en una palabra, toda esa chusma de literatos que prostituye el honor del pensamiento al servicio de la tiranía; cuando digo que entonces para la institucion, objeto de sus ataques, el peligro es supremo; y sostengo que no hay una religion humana en el mundo capaz de resistir á él diez años. •

Ya ha transcurrido medio siglo desde que el cardenal Consalvi apuntó las ante citadas bases de su fino criterio en estas materias; y mas de un siglo de la guerra de la

palabra contra la Iglesia por los amigos y corresponsales de Federico II rey de Prusia, á quien pudieron muy bien haber privado del dictado de *Grande* unos pocos años mas de vida de la emperatriz Isabel de Rusia: la Religion no se ha menoscabado por eso; todo lo contrario, si alguna institucion humana ha querido prosperar, ha tenido que asirse y unirse á ella «La Religion,» añade Villemain, antes aludido, «no obstante su sublime origen, debe experimentar por la extremidad que toca á las cosas humanas vicisitudes y reveses como ellas; pero es la primera prenda de la civilizacion que uniéndose á su existencia divina, participa de la garantía de su duracion, y parece escapar así á la ley comun de la mortalidad de los imperios.»

Por esto, en la seguridad de que el mundo, ó fatigado, ó desengañado ó deshecho por los trastornos que se preparan, ha de venir por fin á nosotros, en busca del remedio y del consuelo que solo la Religion puede darle, aguardémosle prevenidos con la antorcha de la fé, para que engolfado en los delirios de la razon individual no tropiece; el áncora de la esperanza, para que aburrido que esté de sí mismo descansa confiado en nuestra solicitud por su dicha; el manto de la caridad para cubrir sus miserias, y hacerle olvidar sus propias fealdades. Así concluirá la persecucion hoy declarada con el terrible instrumento de la palabra. No respondais á sus ataques en el terreno que aquella se os lanza, que ese no es vuestro terreno, y vuestros actos no deben parecer jamás de resentimiento ni de venganza. Nada de polémicas ni controversias. Cuando llegue á vuestra noticia que un escritor atrevido ataca á la Iglesia ó á sus ministros en un periódico, dejadle decir, no le respondais palabra: este es el mejor modo de castigar su atrevimiento, porque el que así obra no busca tanto la verdad como la curiosidad del público, que para los fines de su vanidad y de sus personales medros tanto le conviene escitar. El mal que el periódico hace á la Iglesia y á la sociedad se contrasta de otro modo por el sacerdote. Si el periódico sale

una mañana sustentando á su modo que la libertad civil de todos los cultos y la plena facultad otorgada á todo el mundo de manifestar abierta y públicamente todos los pensamientos y todas las opiniones, sean ventajas apetecibles, y que las tales licencias no es verdad que conduzcan á los pueblos á la corrupcion de las costumbres y del entendimiento, ni que propaguen la peste del indiferentismo; no dirijais al periódico reconvencion alguna, porque lejos de adelantar por este camino, no conseguiriais otra cosa que envenenar mas la cuestion; pero ya que se la haya traído, digamos así, á la órden del dia, aprovechad celosos la primera oportunidad, y sin mentar al periódico ni al periodista, ni el partido á que pertenece, enseñad al pueblo que en aquella doctrina está el error, y que solo la contraria es la verdadera, segun es de ver de la proposicion 79 del Syllabus de Pio IX. Si les oís propalar las absurdas teorías de la *filantropía* y las *simpatías humanitarias*, explicad qué es ese sistema miserable, meramente humano, todo terreno y de apestante barro, en que la criatura, que, cual flor de un dia, álzase por la mañana, brilla y cae marchita al ponerse el sol, se atreve á prescindir del Criador, y en su efimera entidad busca por entre angostos límites el origen de las relaciones transcendentales que está en lo infinito: decid á los pueblos cómo es *la filantropía* la moneda falsa de la caridad, al modo que lo es *el protestantismo* de la Religion, *el filosofismo* de la filosofía. Decidles claro que de hombre á hombre no hay amor ni compasion posibles, si ese amor y esa compasion no arrancan de Dios. En una palabra, considerad el ataque de nuestros enemigos como una mera señal que recibís de aviso para que tratéis desde vuestro sitio, y sin salir de él, la materia que han tocado ellos; pero del modo digno, veraz, caritativo y lleno de uncion, que es propio del sacerdote católico: con el Catecismo, el Evangelio, y la voz de Roma. La advertencia, la reprehension y el castigo tocan al Prelado, suyo y vuestro, que, como San Pablo al incestuoso de Corinto, les señalará públicamente con el dedo, y les he-

rirá, sino se enmiendan, con el arma de la condenacion.

No quiera Dios tengamos que vernos precisado á ejercitar tan penoso oficio: antes rogámosle que, iluminando á los ciegos, y volviendo al buen camino los extraviados, dirija las fuerzas de sus inteligencias al estudio y aprovechamiento de las cosas útiles, y dejando de ser instrumentos del mal, sean para el pueblo dignos y provechosos ejemplares del bien. Pidamos todos al Altísimo que infunda á nuestros adversarios la luz de la verdad en sus entendimientos, para que en cuanto piensen y hablen no se aparten de sus rectos y seguros caminos; su santo amor en los corazones, para que depongan ese espíritu de ódio que los deseca; y por último la humildad del cristiano en todos sus procedimientos, que sustituya al orgullo, que, maleando hasta las buenas obras, ridiculiza al que de él es arrastrado á los ojos de la gente sensata.

Pidamos al Dios Omnipotente que libre al católico pueblo de España de la peste de la blasfemia hoy dia tan extendida, y á la que vemos con acerbo dolor se la tributa culto no solo en las calles, sino tambien en la prensa libre; y de la peste de toda impiedad con que se atrae sobre el pueblo la perturbacion de los elementos y los malignos influjos de la atmósfera. El cólera, por una fatal coincidencia, hizo su primera invasion en España con la matanza de los sacerdotes; y por desgracia, viene hasta el presente tiempo frecuentando sus invasiones. Para que Dios aplaque su cólera empleemos, sí, la oracion, pero no omitamos la reforma de las costumbres y la observancia de su santa ley: sed, amados diocesanos nuestros, católicos, siempre católicos, y nada mas que católicos. En el catolicismo está la civilizacion, está la sana política, la administracion diligente é íntegra, la paz y prosperidad de los estados, el bienestar público y privado de los ciudadanos. Sed católicos, y seréis felices en esta vida y bienaventurados en la otra.

Y como prenda de la voluntad que Dios tiene de salvaros y haceros dichosos, suspendiendo hoy nuestra bendicion, damos paso con la debida reverencia y gratitud

=24=

à la que para vosotros y vuestro indigno Pastor envia su Santo Vicario en la tierra en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo.

De nuestro palacio episcopal de Pamplona, à 28 de octubre de 1865, en la fiesta de los Santos Apóstoles Simon y Judas, cuya proteccion con la de la Santísima Virgen devotamente imploramos.

PEDRO CIRILO, *Obispo de Pamplona.*

Por mandado de S. E. I. el Obispo mi Señor,

Dr. D. Manuel Mercader,
Canónigo, Secretario.



Los Señores Párrocos darán conocimiento de esta carta Pastoral à sus feligreses, bien sea leyéndola en uno ó mas dias en el ofertorio de la Misa mayor, ó explicando solamente sus principales pasajes.